



## **Homilía en las exequias por D. Andrés Aldea González, sacerdote Nuestra Señora del Espino (Soria), 29 octubre 2022**

Queridos hermanos:

Celebramos esta mañana las exequias por otro sacerdote de nuestro presbiterio, D. Andrés Aldea. Nos reunimos en la parroquia de Nuestra Señora del Espino para dar gracias a Dios por su entrega sacerdotal y por el testimonio de su vida. Y también para dar gracias por su disponibilidad en el ejercicio ministerial, dedicado a la cura pastoral en pequeñas parroquias, llevando a todos la fe y el amor a Jesucristo.

Saludo con afecto a los sacerdotes concelebrantes, a los fieles de esta parroquia del Espino y, por supuesto, a los familiares de D. Andrés, particularmente a su hermana Lucía, a su cuñada y sobrinos. A todos, la gracia y la paz de nuestro Señor.

Nuestra fe es fe en las promesas que Dios hace en favor de sus hijos, un Dios que prometió guiar al Pueblo de la Antigua Alianza hasta esa tierra prometida de la que manaba “leche y miel”. Dios nos ha prometido un Salvador en la persona de su Hijo, que mediante el misterio pascual de su muerte y resurrección ha hecho realidad el anuncio del Apocalipsis: *“Vi un cielo nuevo y una nueva tierra. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén... Y escuché una voz que decía desde el trono: ésta es la morada de Dios con los hombres”*.

La promesa de Dios para nosotros es el cielo: Dios con nosotros y nosotros con Dios para siempre. Esta es una realidad difícil de concebir para la mayoría de las personas hoy. Pero la fe nos impulsa a aceptar la verdad de las palabras de Jesús cuando Él nos dice que *“ni el ojo vio, ni el oído oyó ni la mente del hombre puede siquiera imaginar lo que Dios tiene preparado para los que lo aman”*. Jesucristo, resucitado por el Padre, es la primicia de la cosecha, el fruto granado que nos ha abierto las puertas del Paraíso: vivir felices eternamente con Dios que es Padre, Hijo y Espíritu y, en Dios, con nuestros hermanos, salvados por la misericordia del mismo Dios.

Esta es la fe que actualizamos hoy. Y nos da paz contemplar el féretro que contiene los restos de nuestro hermano sacerdote D. Andrés pero, al mismo tiempo, creer que recibirá el don precioso de vivir en la paz y en la luz de Dios ya para siempre. La experiencia

cristiana nos invita constantemente a revitalizar en nuestra vida cotidiana la contemplación para sentir interiormente que Dios Padre nos ha prometido *“enjuagar las lágrimas de los ojos... y vivir en el mundo nuevo”* que Él ha creado para nosotros.

El deseo del cielo es posible vivirlo fundamentalmente por la Eucaristía, pues el mismo Jesús nos recuerda: *“el que come este pan vivirá para siempre”*. La Iglesia vive desde y para la Eucaristía, fuente, centro y cumbre de la vida cristiana. Los cristianos no podemos vivir sin la Eucaristía que es el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. La vida del sacerdote y de la comunidad cristiana se debilita cuando se oculta el sentido eucarístico, que es pregustación de la vida eterna. De ahí que, en estos momentos en que celebramos la Eucaristía para pedir al Señor por nuestro hermano sacerdote D. Andrés, nos consuela, como recuerda el prefacio de la Misa, *“la promesa de la futura inmortalidad”* que fue sembrada en él por la Eucaristía celebrada, recibida y contemplada.

La vida cristiana de D. Andrés comenzó al recibir las aguas del bautismo en su parroquia natal, bautismo que lo condujo a la Eucaristía, que ha sido el sacramento que lo ha insertado cada vez más hondamente en Jesucristo, de quien ha recibido la salvación y la promesa de la resurrección. Y un día, por el sacramento del Orden, fue constituido ministro de este gran sacramento. Desde ese momento, su vida sacerdotal estuvo sin duda señalada por las palabras de Jesús: *“Este es el Cuerpo que se entrega por vosotros. Esta es la sangre que se derrama por vosotros y por todos los hombres”*.

Quisiera terminar dando las gracias a todos los que a lo largo de la vida de D. Andrés le ofrecisteis cercanía, ayuda y afecto. Gracias a vosotros, sus familiares. Agradezco a todos vuestra presencia, signo y manifestación de vuestra comunión en la fe y en la esperanza. De manera especial, doy gracias al Señor por los responsables y el personal de la Casa Diocesana de Soria que han brindado a D. Andrés compañía, ayuda, comprensión y afecto. Que Dios premie vuestro buen hacer.

✠ Abilio Martínez Varea  
Obispo de Osma-Soria